

La técnica desde la visión bíblica hebrea Legitimación y límite

Lucía Solís de Caro Figueroa

1 - En los primeros versículos de la Biblia, el relato de la creación del hombre por Dios contiene la afirmación más significativa sobre el hombre: el ser *imagen de Dios*. "Hagamos al ser humano a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos..." (Gn. 1,26). El autor recoge una tradición muy arcaica pero la redacción es del período post-exílico, muy posterior al artículo del Decálogo que prohíbe las imágenes plásticas de Dios (Ex. 20,4). "Imagen," entonces, no puede entenderse desde un punto de vista sensible.

El primer rasgo de la "semejanza" está sugerido por las palabras inmediatas: "y manden..." En el contexto semítico, el poder era la nota más propia de lo divino, y es ese poder, principalmente sobre los animales, el que Dios transfiere al hombre. El plural del verbo se explica porque la palabra con que se dice 'hombre', *adam*, es un colectivo. El hombre que Dios crea es, desde el comienzo, alguien llamado a ser con sus iguales, a ser entre sus iguales, él mismo con los otros. Cada uno es imagen de Dios: uno mismo, y el otro, y el conjunto. El poder transferido sobre el mundo, pues, no es patrimonio de un elegido sino, en principio, del común.

En el mismo relato se puede observar que, ante cada cosa creada, Dios ve que está bien. Pero después de crear al hombre a su semejanza, no. Quizá sugiera que el hombre a un tiempo es y *va siendo*, y aún debe *llegar a ser* a imagen de Dios. Afirmación y mandato, realidad y promesa.

El ser imagen de Dios implica que cada hombre posee una dignidad que no puede ser violada. De allí la responsabilidad por el otro (Gn. 4,9-10), la severa prohibición del homicidio (Gn. 9,6), y la mayor benevolencia de la

autoridad de los reyes y de las normas penales entre los hebreos, frente a sus vecinos y contemporáneos. El poder ilimitado sobre los animales no se extiende, evidentemente, a los semejantes.

2 - El acto creador efectuado por Dios es soberano, voluntario, no exigido por las fuerzas naturales ni por ninguna necesidad ni deficiencia de Dios. Es un acto eminentemente libre. Por él Dios instaura todo lo que existe y, en la cima de lo creado, *"apenas inferior a un dios"* (Salmo 8), pone al hombre.

En el segundo relato de la Creación, seguido por el de la caída (Gn.2,4b-3,24), que la crítica reconoce como más antiguo que el primero, el señorío del hombre sobre los animales se manifiesta en el acto de ponerles nombre. Una particularidad aporta este relato: el hombre es hecho del polvo del suelo común, igual que todos los animales (Gn. 2,7; 19). Cuando Adán peca, Dios, por su causa, maldice el suelo (Gn.3,17). Una solidaridad esencial queda establecida entre el hombre y el mundo desde el origen de ambos; solidaridad en el mal y, más tarde, solidaridad en una nueva armonía que sobrevendría en la era mesiánica (Is. 11,6-9).

Esa maldición deberá leerse como una explicación de la fatiga del labrador, quizá para eliminar la fantasía de la mera recolección, del disfrute sin trabajo, y no como la constatación de una enemistad con el mundo. La penuria sobreviene como consecuencia del pecado del hombre, pero el mundo no le es ajeno, ni hostil, ni opresor. En todo caso, el señorío le costará al hombre no poco esfuerzo.

3 - En el Antiguo Testamento todas las fuerzas de la naturaleza están sujetas al Creador. En esto Israel se diferenciaba de los pueblos vecinos para quienes esas fuerzas estaban dominadas por las voluntades de los dioses, diversas y con frecuencia arbitrarias y antagónicas entre sí, lo que provocaba temor. En cambio, la sumisión del mundo a la voluntad de Dios significa que es Él quien envía los males como castigo a los pecados, y Él quien los aleja cuando el hombre se arrepiente. Y la voluntad de Dios es santa, justa y misericordiosa: se puede confiar.

El mundo en su conjunto manifiesta el poder y la magnificencia de Dios. Si el sobrio relato del *Génesis* no lo puede expresar, lo hacen los poetas. Por ejemplo, el autor del Salmo 104 que exulta ante las maravillas de la naturaleza. El mundo, obra de Dios, creado y sostenido por Él, aunque esté lejos de ser el *kosmos* armónico de los griegos, no es un espacio caótico ni carente de belleza.

4 - Si es Dios quien interviene directamente en la naturaleza, tanto en los grandes fenómenos como en los pequeños, el hebreo de los tiempos bíblicos desconoce las “causas segundas”. No obstante, en el Antiguo Testamento se constata la observación de las regularidades del mundo, en último término garantizadas siempre por Dios. Aunque el mundo no tiene autonomía y los designios de Dios son insondables, tales regularidades pueden equipararse con la moderna noción de *ley* científica.

Abierto sin temor al mundo, huella de Dios, el hebreo de la antigüedad bíblica no desprecia el saber. Por el contrario, los textos reflejan con frecuencia el estado de los conocimientos de la época, y el cronista del Primer Libro de los Reyes no ahorra su admiración por la amplitud de la sabiduría del rey Salomón, “más sabio que hombre alguno... Pronunció tres mil parábolas y proverbios, y sus cánticos fueron mil cinco. Habló sobre las plantas, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que brota en el muro; habló de los cuadrúpedos, de las aves, de los reptiles y de los peces” (1 Re. 5,10; 12-13). De modo semejante, en el libro de Daniel se elogia sin reservas la “ciencia e inteligencia en toda clase de letras y sabiduría” (1,17) de Daniel y sus tres compañeros.

5 - El relato pormenorizado de la construcción del Templo y de la casa real, ordenada por Salomón, describe el uso de las diversas técnicas aplicadas y la contratación de los artesanos idóneos en cada caso. En el caso de Jiram de Tiro, se dice que “trabajaba en bronce y estaba lleno de ciencia, pericia y experiencia para realizar todo trabajo en bronce”; Salomón lo mandó a buscar para ejecutar todos los elementos que el cronista detalla no sin sugerir su excelencia.

No hay abundantes testimonios respecto a fabricaciones evolucionadas puesto que se habla de un pueblo que pasa de ser pastor nómada a asentarse en ciudades y vivir de la agricultura, actividades que sí están reflejadas en muchos pasajes. Todo lo relativo a, o derivado de, ellas está consignado con naturalidad, por ejemplo la fermentación del vino; así también la alfarería, los instrumentos de música o las armas de guerra. Se menciona que Salomón construyó una flota, y hay también una referencia al conocimiento de la metalurgia en una alegoría empleada por el profeta Jeremías (6,29). Esta ennumeración no puede ser exhaustiva; simplemente da cuenta de dos hechos: de que las tecnologías de la época eran incorporadas en la medida de las posibilidades, y de que tal cosa no representaba un problema en lo que hace a su legitimidad.

6 - En cuanto al ejercicio del poder del hombre sobre el mundo, la lectura del *Génesis* permite inferir que puede hacerse efectivo mediante el trabajo. Éste no sería una maldición, un castigo, como muchas veces se leyó. En los primeros versículos del relato más antiguo se dice que, cuando Dios creó la tierra y los cielos, aún no había germinado ninguna planta “pues Yahve Dios no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre que labrara el suelo” (2,4 b-5). Y poco después, que Yahveh Dios puso al hombre en el jardín de Edén “para que lo labrase y cuidase” (2,15). Luego, la vegetación fue hecha en función del hombre; el trabajo de labranza en cierta forma le da sentido y es, además, la forma manifiesta de tomar posesión de ella.

Retomando lo dicho más arriba, la solidaridad en el mal del suelo con el hombre es motivo para que el trabajo, poder real del hombre sobre el mundo, exija a éste un esfuerzo significado por la fatiga y el sudor. La constatación de que el apoderamiento de los frutos del suelo conlleva no sólo esfuerzo sino también sinsabores, “espinas y abrojos” (2,18), va íntimamente ligada a la constatación de la necesidad que tiene el hombre de obtener esos frutos. Semejante a Dios en el poder, habilitado por Él para ejercerlo, no puede, sin trabajo, ni sobrevivir ni disfrutar lo que le ha sido dado en propiedad. El trabajo es, a un tiempo, prueba del poder y de la indigencia del hombre posterior a la caída. Luego, las técnicas con que lo ejecute tendrán el mismo carácter.

7 - En el primer relato de la Creación, la afirmación de que lo hecho es bueno, y la santificación de la obra por el descanso y la bendición del séptimo día, son signo de que el poder que Dios ejercita está íntimamente ligado a su voluntad moral. En el segundo relato, es la prueba de la libertad, el condicionamiento del poder a un límite y la posterior sanción a la desobediencia, lo que establece el sello de moralidad en el proceso de creación del mundo y del hombre.

La moralidad es la orientación del poder en el sentido de la santidad. Dios no obra por capricho ni por pasiones. Dios, el eminentemente Santo, el separado y absolutamente *Otro* (como se diría hoy, pero también como lo entendían los antiguos hebreos), el que posee la plenitud excelente de la bondad y la misericordia, invita al hombre a conocerle y a asemejarse a Él. "Santos seréis porque santo soy Yo" (Lev.19, 1-2).

El mensaje bíblico enseña a imitar a Dios por el cumplimiento de su voluntad expresada en la ley. En ese esfuerzo por conocer y practicar la voluntad de Dios, por serle fiel, estriba el rasgo más elevado de la visión bíblica hebrea del hombre, y tal vez el que mayor influencia haya tenido a través del tiempo: la propuesta de "una manera ética de estar en el mundo" que es, en una de sus formas, la exigencia de un límite ético del poder sobre el mundo y sobre los hombres. Sí esto es verdad para el poder político (cf., por ejemplo, Dt.17,14-20) lo es también para todo ejercicio de transformación del mundo; en fin, para toda técnica.